

15 céntimos el número



SEMENARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 13 Agosto de 1892

Núm. 11



TIPO VENECIANO.—CUADRO DE J. LIECK

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B.— Las llaves perdidas, tradición popular, (continuación), por MARÍA MENDOZA DE VIVES (ilustraciones de J. PELLICER MONSENY).— La abuela, poesía de VÍCTOR HUGO, traducción de TEODORO LLORENTE.— El sitio de Berlín, por ALFONSO DAUDET.— Nuestros grabados.— La linterna mágica, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).— Mesa revuelta.— Recreos instructivos.

Grabados.— Tipo veneciano, cuadro de J. LIECK.— Pena de azotes, «Boria avall», cuadro de F. GALOPRE OLLER.

Crónica

HA sido preciso que *Le Journal de Bruxelles*, periódico belga católico que no procede nunca con apasionamiento, hiciera luz sobre lo ocurrido en Uganda, para que pudiera verse que los conflictos allí ocurridos fueron obra de los propagandistas protestantes. Razón tenía, pues, el gobierno de Francia en protestar contra tales hechos, protesta á la verdad nada sospechosa, pues nadie dirá que los gobernantes de la nación vecina sientan cariño hacia los católicos y hacia cuanto de ellos deriva. Una cuestión con el reyezuelo de aquel país fué el origen, ó mejor, el pretexto del conflicto. El capitán Lugard distribuyó fusiles Snider y pólvora á los protestantes, lo cual exasperó á los católicos y les puso en guardia. La *East Africa Company* se puso del lado de los protestantes, y de lo que se desprende, desde su fuerte hizo fuego contra los católicos. Éstos hubieron de defenderse y de rechazar el ataque, atacando á su vez el fuerte de la Compañía, que los recibió á cañonazos, mientras el partido protestante embestia contra la colina de Rubaga, en la cual se hallaba situada la misión francesa é incendiaba la iglesia. En una isla se refugiaron los católicos, y contra ellos se envió al capitán Williams con una ametralladora Maxim. La isla fué atacada, treinta y dos embarcaciones echadas á pique y pasados á cuchillos de trescientas á cuatrocientas personas entre hombres, mujeres y niños. Así proceden las sectas evangélicas en su obra de colonización. Cuando topan con el menor obstáculo, y sobre todo, cuando los católicos se oponen á sus predicaciones y á sus actos, los barren á cañonazos. Compárese el distinto proceder de las misiones católicas, en las cuales todo es dulzura y espíritu verdaderamente cristiano. Los protestantes aniquilan las poblaciones en donde se establecen: los católicos procuran su desarrollo, favoreciendo á sus pobres habitantes, y abriendo su inteligencia á la luz del Evangelio.

* * *

Ha sido comidilla, en los últimos días, de los periódicos europeos, en particular de los franceses é ingleses, las ejecuciones llevadas á cabo en Sofía por sentencia de un tribunal militar. Milaroff, Alejandro Karaguloff, Popoff y Garghieff fueron ahorcados, sin que pudiesen obtener su indulto del ministro Stambuloff, las gestiones que practicaron los representantes de algunas potencias. Los mencionados reos habían sido condenados á muerte por participación en el asesinato del ministro Beltcheff. Los diarios franceses han puesto el grito en el cielo y han prodigado al príncipe de Bulgaria y á Stambuloff los epítetos más terribles. En su concepto aquellas ejecuciones han

de llamarse verdaderos asesinatos. Los periódicos ingleses opinan de muy diversa manera. El *Daily News* dice que Stambuloff juega hoy su cabeza, puesto que si sus adversarios llegasen á dominar un día siquiera estaría perdido. Añade que el partido ruso le proporciona todos los pretextos que él desea, ya que este partido derribó del trono al príncipe Alejandro y le amenazó de muerte; él mismo fué el que asesinó á Beltcheff, y no es posible dudar de que le alientan en sus abominables empresas los súbditos y hasta los funcionarios del Czar. El diario de Londres concluye afirmando que «Stambuloff será respetado si se muestra firme y severo.»

El *Daily Chronicle*, otro importante órgano de la prensa inglesa, manifiesta que el príncipe Fernando y el ministro Stambuloff tienen firmeza en sus convicciones. La situación en que la Bulgaria se encuentra explica el rigor de las medidas que se emplean contra los conspiradores y que no á veces, por ser muy dolorosas y sensibles, dejan de ser fundadas y justas. En esta severidad ven los periódicos ingleses un acto de legítima defensa por parte del actual gobierno búlgaro; mientras que los franceses, quizás por el cariño excesivo que en ellos se ha despertado en favor de Rusia, la consideran como una espantable tiranía. ¿Por qué no aplican los franceses idéntico criterio á medidas extremas que con frecuencia dicta el gobierno ruso contra los que se separan de las creencias de la Iglesia heterodoxa-griega, ó contra los judíos, á quienes se trata con mucha mayor dureza que la que pudo haberse empleado en las épocas de mayor persecución de la Edad Media?

* * *

Es muy probable que Berlín abandone la idea de celebrar una Exposición internacional en el año 1900. Son muchas las corporaciones á las que se ha consultado que se muestran muy poco favorables á la idea, si no del todo contrarias. Pesan las ventajas y los inconvenientes y hallan que los últimos aventajan á los beneficios. El gasto sería enorme, no sólo por parte del Estado si que también por el de los particulares. Se llevaría á cabo en Berlín una fiesta grandiosa, un espectáculo soberbio; pero ni la industria ni el arte adelantarían nada, porque hoy no necesitan de aquella clase de ferias para hallarse al corriente de todos los cambios y de todos los adelantos. Es muy probable, en consecuencia, que los alemanes dejen del todo el campo libre á los franceses para que éstos organicen en 1900, á orillas del Sena, una Exposición que en lo vasta, suntuosa y entretenida se adelante á las de 1878 y 1889. Como ya dijimos, París reúne condiciones que no existen en ninguna otra capital europea para atraer en su recinto, con cualquier pretexto, una masa de gente cosmopolita, que por sí sola asegura beneficios positivos, si no á la industria de Francia, por lo menos á las industrias parisienses, y singularmente á las fondas, restaurantes, cafés, teatros, circos y lugares, en una palabra, en donde se come, se bebe, se ríe y se goza.

* * *

Los calores que en Julio y Agosto se sienten por estas latitudes no son nada en comparación con los que han de sufrir los habitantes de los Estados Unidos. Casi puede decirse que en Europa, aun en los países meridionales, nos hallamos en una deleitosa primavera. Véase sino lo que de Nueva York le telegrafían á un periódico de París con fecha 30 de Julio. Según el parte á que nos referimos, durante toda la semana se había notado un calor

intensísimo, que el día 29 fué excesivo, ya que en la avenida 5.^a, en el *Reform Club*, marcó el termómetro la friolera de 48° centígrados á la sombra. A 42 se ha visto distintos días la columna termométrica. Por causa de tan alta temperatura ocurrieron numerosas muertes repentinas, muchas más muertes súbitas de las que hubo en las epidemias de 1847 y 1867. Los niños, en especial, son víctimas del calor. Por las noches era casi imposible dormir, porque el cuerpo ardía y no había medio de soportar siquiera el contacto de las sábanas ó de las almohadas. Diéronse frecuentes casos de insolación ó bien de postración de fuerzas, cayendo muertos muchos caballos en medio de las calles. Estos calores se han sentido particularmente durante la última semana de Julio en todo el país situado al Este del Mississipi.

* * *

En Francia se ha procedido á la renovación de la mitad de los consejos generales que representan un papel parecido á nuestras diputaciones provinciales. De 90 consejos generales, 79 tenían mayoría republicana y 11 de ellos, únicamente, mayoría conservadora. En las elecciones han llevado gran ventaja los republicanos, lo cual era de prever ante las disensiones reinantes en los partidos que pueden procurar contingente á los conservadores.

* * *

Mr. Gladstone se ha sentido algo enfermo y el anuncio de su estado produjo viva inquietud en los liberales ingleses. El famoso hombre de Estado ha tenido sólo un resfriado, mas á los ochenta y tantos años cualquiera indisposición presenta carácter serio, y por lo tanto se explica la intranquilidad de sus partidarios, máxime después de las batallas que han librado para entronizarle en el poder. La pérdida de Mr. Gladstone sería fatalísima al partido liberal inglés tal como se halla constituido, puesto que la cohesión más ó menos sólida que ahora tiene la debe principalmente al prestigio del futuro primer ministro. Sin él, esta cohesión desaparecería en pocos segundos, ya que ninguno de los otros hombres de viso en el partido liberal lograrían mantener unidas, ni siquiera por corto tiempo, huestes tan disimilares.

B.

Las llaves perdidas

TRADICIÓN POPULAR

(CONTINUACIÓN)

II

HAN pasado pocos meses; serían las nueve de una noche de Junio. La señora Fina, su esposo y el tío Pedro estaban sentados en la habitación de la ventanita inspectora. Iluminábalos apenas la luz de un velón de azófar, colocado sobre una mesa en la pieza anterior, cuya puerta abría al patio.

El velón tenía dos mecheros; pero el uno viudo de toda luz y la otra entristecida por la pantalla cual si luto llevase por su compañera.

Los tres estaban pensativos y silenciosos; de pronto gimieron agriamente los goznes de la puerta y penetró en la primera estancia una mujer. Para orientarse del camino

que seguir debía, alzó la pantalla y después de mirar en torno volvióla á su sitio.

—Adelante, tía Marizápalos, y sepamos lo que pasa en el mundo, dijo el casero.

—María Gonzalo me llamo, y no de otro modo, y dé



su merced á cada cual lo que le pertenece, exclamó entrando en la pieza interior la recién llegada.

Era ésta una viejecita arrugada como una pasa, limpia como un oro, y animada y pizpireta como ella sola. Vestía falda de percal floreado, jubón negro, pañuelo de luto al cuello y á la cabeza mantellina parda, de basta franela. Al entrar destocóse sin ceremonia, sacudió su mantilla, doblóla y la puso con cuidado sobre el alto respaldo de un sillón de badana, donde la dejó posada cual ave en percha.

—¡Jesús! dijo alisándose con ambas manos la cabeza blanca como el pico más alto de Sierra Nevada, y el plateado y grueso moño de picaporte sujeto con negro listón; vengo muerta, pero contentísima de mi trabajo. La capilla queda como una tacita de plata. ¡Válgame Dios, y qué de polvo tenía! ¡Si el gandul encargado de ella merecía castigo por su desidia!

El tío Conejito tendió el brazo, y sin moverse de su asiento acercó una silla á la tía María. Ésta le dió las gracias, sentóse y dijo sonriendo:

—¡Si no puede negar su merced que me quiso!

—¡Yo! exclamó el tío Corro; no lo creas Fina, nunca he sido plato de segunda mesa, y con la tía María lo hubiera sido de cuarta, que esta hija de Satanás ha enterrado tres maridos.

—Y su merced no fué el cuarto porque no le quise: de allí viene la ojeriza y el llamarme Marizápalos cuando antes me llamaba Marirrosas.

—Falso, falso; nunca quise semejante estantigua, tata-rabuela de Belcebú.

—Como si no tuviéramos la misma edad: yo naci...

—Cuando Matusalén.

—Y su merced dos años antes, y si no que nos miren á ambos la boca.

—Yo no soy caballo.

—No lo digo por ofender, sino porque en la mía no falta un diente, y la de su merced tiene más troneras que castillo ruinoso.

—Porque de puro vieja ha echado nueva dentición.

—¿Y por qué no quiso su merced á mi Corro? Cuando joven no era feo, dijo sonriendo la casera.

La tía María, acercando su silla y bajando la voz, repuso:

—No lo quise por hereje.

—¡Alto ahí! exclamó Conejito: sepa la tía Marizápalos que no estoy tan falto de obligaciones como su merced, para ir de iglesia en iglesia rosario en mano, ó plantarme cual poste ante el medallón del muelle sirviendo de estorbo á los transeuntes, y haciendo como que rezo á los Santos Mártires en él colocados para proteger la mar. Tanto caso harán ellos de las plegarias de su merced, como hice yo de sus carantoñas cuando pretendía pescarme. Y sepa, en fin, que soy más cristiano que su merced, que me bautizaron dos veces, una la comadrona y otra el cura. Y le juro por todos los demonios del resguardo...

—Corro, basta.

Pero el tío Corro, sin hacer caso de su esposa, prosiguió:

—A otra como ésta, canto de plano; y sepa, tía Barrabás, que la oración pública se pierde como el humo en el aire; que la buena es la que se hace á puerta y ventana cerradas, como encargaba que así se hiciera san Agustín ó santo Domingo, que de esto no estoy cierto; y sepa...

No dijo más; la señora Fina, cansada de tirar á su marido del brazo, se levantó y le tapó con la mano la boca; luego, volviendo á sentarse, dijo:

—Eres incorregible; jurando ofendes á Dios, y con tus citas el buen sentido. Jesucristo fué quien dijo eso de la oración... Tía María, no tome usted á mal las palabras de ese bendito, que no llevan mala idea.

—Ya lo sé, y por eso las oigo como á cigarra en verano, que si no da fastidio, causa sueño. Pero diga su merced algo, tío Pedro, que está siempre más metido en sí que pájaro enfermo, y más silencioso que bandurria sin cuerdas. Díganos, al menos, en lo que pensaba.

—¿En qué he de pensar, repuso el tío Pedro, sino en mi mujer y mis hijos?

—¡Jesús! ¡al cabo de tantos años! murmuró la anciana.

—Tía María, replicó el patrón, la vela que se moja ó se rifa en la tempestad la enjuga el sol y la remienda el marinero; no sucede lo mismo con el corazón que perdió en la borrasca cuanto quería.

—Es verdad, añadió la casera; el tiempo seca las lágrimas como el sol el rocío; pero no siempre trae el consuelo de las penas; el consuelo lo da Dios con la esperanza de ver en el cielo á los que aquí perdimos.

—Allí nos encontraremos todos vestidos y calzados, dijo el tío Conejito.

—Menos vuestra merced, murmuró la tía María.

—Menos la vieja Marizápalos, que dará un batacazo en el infierno que estremecerá el mundo, replicó el casero devolviéndole la banderilla que acababa de plantarle.

—Pues, como decíamos, murmuró la señora Fina, el consuelo es la esperanza; si no fuera por la que tengo de encontrar en el cielo á mis niños, lloraría por ellos día y noche, que nadie sabe lo que se quiere á los hijos.

—¡A los hijos y á la mujer, si fué buena! añadió el tío Pedro, y prosiguió exaltándose por grados: Siempre que el trabajo no me ocupa, tengo á mi Paula en el pensamiento. Ahora mismo, mientras el compadre y la tía María estaban dime que te diré, como ondas que van y vienen, yo la veía con el niño en los brazos, vestida de negro como la Soledad, pálida y triste como la puso la dolencia, salir cada tarde á esperarme á la playa. Así la

he visto años y años; todas las mujeres del mundo hubieran pasado ante mí sin reparar yo en su hermosura. En tanto, mi Ciriaco crecía fuerte como un trinquete, fresco y sonrosado como la ola que enciende el sol; á los diez y siete años su cara era la de su madre, risueña como la aurora y más hermosa que las flores con que se adornaba el día festivo. Entonces comencé á verla en él. Pero una tarde de Noviembre, de pronto inesperada racha despertó al mar que dormía, y el mar se levantó furioso cual gigante que quiere comerse la tierra y subir al cielo. Mi hijo y otro muchacho corrieron á tomar rizos á la vela; pero el viento pudo más y nos tumbó en el charco, coronándonos con la embarcación. De cinco que éramos, tres salimos como Dios quiso; dos faltaban, mi hijo y su compañero; sin duda les cogió la vela y bajaron al fondo donde quedaron con la barca... Por mucho tiempo estuve como loco, buscando por la playa, para darle tierra, el cuerpo de mi Ciriaco; Dios no quiso que pareciese. Más tarde, á bordo del falucho, cuando la obligación no me retenía, me echaba sobre la borda mirando atento el fondo del mar por si en él divisaba á mi hijo. A veces me parecía verle envuelto en la vela; luego miraba bien, y era un celaje del espacio y mi propia imagen... Después he reflexionado, y no lo busco en la mar, que arroja ó devora lo que traga, sino mirando al cielo, donde viven los buenos que mueren.

—Es verdad, en el cielo le encontrará el compadre, como á su Paula, que Dios tiene misericordia de todos los que aman y creen, recompensándoles con usura, aunque en el mundo les pruebe con penas y dolores, dijo la señora Fina.

—Por eso, añadió el Conejito, mandó al patriarca Caifás que le sacrificase su hijo.

—¡Abrahám, querrás decir! y fué para probar su obediencia, replicó la señora Fina.

—¡Como si su Divina Majestad no supiera que había de obedecerle! ¡cuidado que el susto del santo patriarca debió ser bueno!

—¡Corro! Si te oyeran extraños dirían...

—Que es un hereje, añadió la anciana interrumpiendo á la casera.

Ésta prosiguió:

—No es hereje, sino un infeliz ganoso siempre de broma... Pero aun no sabemos qué capilla es esa que ha dejado su merced reluciente como plata bruñida.

—¡Jesús, santa cristiana! ¿no sabe que es víspera de los Santos Mártires, y que por estar restaurándoles su parroquia llevarán mañana de la catedral, donde están depositadas, las imágenes de plata de los dos santos, en procesión á los Martiricos, donde habrá solemne oficio y sermón?

—¡Á los Martiricos! Nunca he estado allí.

—Como vive su merced más metida en casa que galápago en concha, no es extraño; pero yo la enteraré, que tengo tan vivo en la memoria como lo que he hecho hoy todo lo referente á nuestros santos, desde que los Reyes Católicos les fundaron la parroquia llamada *Los Mártires*.

—Como que vió su merced poner la primera piedra, dijo Conejito.

La anciana miróle de soslayo y prosiguió:

—Allá por los años de 1630, un varón piadosísimo, en una huerta que llevaba el nombre de Perdida, y que perdida debía tener por lo muy pedregoso del terreno, fundó una ermita bajo la advocación de los santos Ciriaco y Paula; fundóla en aquel sitio, que está á dos pasos de aquí,

en este lado del río, hacia el arroyo de los Ángeles, por creerse, no sin fundamento, que allí, atados á unas palmas, sufrieron el martirio los dos santos. Pocos años después la ermita, convertida en capellanía, se arruinó; reedificándola y engrandeciéndola en 1687 unos mercaderes de calle Nueva, amigos del tío Corro, y tal como la dejaron aquellos devotos se conserva hoy, á pesar de haber transcurrido 132 años. En el día el cuidado y limpieza de la ermita, que para eso dejaron renta dichos señores, está á cargo del tío Roque Pérez, quien sin duda por no trabajar, se metió ayer en cama.

—Con calentura, observó la casera, calentura y fuerte; hoy he subido á verlo y deliraba.

—Porque aun le duraría el vapor del mosto, añadió la anciana.

—¡Infeliz! Acaso ha cogido un tabardillo.

—Una turca y grande fué lo que cogió ayer. Todos sabemos que el día que cobra las toma soberanas, dijo la tía María.

—Mi mujer, añadió Conejito, defendería hasta á Judas Tadeo, el que vendió á Jesús.

—¡Isariote, tío Corro, Isariote! exclamó riendo la vecina.

Luego prosiguió:

—Mosto ó calentura, como el tío Roque no podía cumplir con la obligación y su mujer no se atrevía á de-



jarlo enfermo, me rogó que hablase á su cuñado Andrés, el que entró hace poco lego en la Trinidad, para que fuese, en vez del tío Roque, á preparar la ermita. Yo accedí gustosa, que les quiero, aunque sé del pie que cojean ambos; y hablé al hermano Pérez, quien con anuencia de sus superiores pasó allá conmigo, y la tía Blasa, aquella mujerona más alta que una torre, con más vanidad que cuerpo y más hambre que galgo de amo ruin, y entre los tres hemos dejado los Martiricos como un oro... Y ahora me voy, que he de preparar el traje de gala...

—El unto para volar es lo que preparará su merced, dijo Conejito.

La anciana, como si no oyese, siguió:

—Tengo, además, que hacer examen de conciencia; al rayar el alba quiero estar en la Trinidad para confesar y recibir á Dios antes de ir á los Martiricos.

Y levantándose tomó su mantilla, acercóse á su antagonista y con aire solemne, díjole:

—Tío Corro, mañana es día de indulgencia plenaria, arrepiéntase de sus culpas y haga confesión general, recordando que, si los culebrones viven siglos, también mueren.

El casero enarboló una silla; pero la anciana huyó el cuerpo y salió riendo.

Poco después despidióse el tío Pedro; su compadre le acompañó hasta la puerta de la vivienda que cerró con llave; luego, al coger el velón, exclamó:

—¡Por vida de un alijo de tabaco! pues no se ha dejado el compadre las llaves sobre la mesa.

Y abriendo de nuevo gritóle desde el umbral agitando en el aire el objeto olvidado:

—¡Eh! ¡compadrito de mis pecados, venga su merced por el abridero de su puerta!

El patrón, que pisaba ya el primer peldaño de la escalera, retrocedió, tomó dos gruesas llaves que alargó el tío Corro, diciéndole en voz alta:

—¡Caracoles! si no las veo á tiempo pasa su merced la noche en la escalera, como dicen que las pasaba en su propia casa san Donato ó san Bruno.

—San Alejo, gritó una voz desde el patio.

—Lo mismo da, replicó Conejito dirigiéndose á los que tomaban el fresco; ello es que con ser mi compadre de la mar y llamarse Pedro, no le parece al santo sino en la calva. Tome su merced sus llaves y préndaselas al cuello como esquila de manso y no las perderá tan aína.

Los del patio, animados por las bromas del casero, dirigieron mil chanzonetas al patrón, quien, sin contestarlas, sumióse por la escalera.

Cuando ambos esposos estuvieron solos y con puertas y ventanas cerradas, dijo Fina:

—¿Es posible que siendo como eres bueno te empeñes en parecer lo contrario?

—¿Pues qué hago yo?

—Hablar con poco respeto de las cosas santas, y aquí para entre nosotros, no creer como yo quisiera.

—Fina, no nos metamos en honduras; si me porto bien contigo, si te doy cuanto gano para que socorras callandito al vecino pobre y hasta á la tía María, no exijas más; que eso de creer, ó no creer, no está en uno, como no está el ser alto ó bajo, feo ó hermoso. ¡Y mira tú si es antiguo eso de tener sus dudas! que uno de los doce, no lo nombro porque no digas que le cambio el bautismo, cuando resucitó el Señor, aunque le veía y hablaba, no creía que fuera el Maestro hasta que Jesús le enseñó las manos y el costado; y además, otro santo varón, de aquellos de pluma, decía, no sé á quién: «Cuida de tí si pudieres, que en muriéndote tú, tú sólo mueres.»

—¡Esa es mi pena, que estemos en la otra vida en distintos sitios!

—Allá será lo que tase un sastre.

—No, Corro, no... ¡Ay, que Dios no te toque el corazón!

—Pues mira, ocasiones de sobra ha tenido para ello. Una vez en que con un caballejo negro como alma de escribano y más veloz que estrella que se corre, iba yo con dos corachas de tabaco del Brasil, huyendo de cierta partida como liebre de los cazadores, al pasar por delante del cementerio de una aldea me tiré del jaco, y agazapándole tras unas matas, díjole:—Hijo mío, no resuelles, y espérame aquí, quieto como difunto.—Y por el sitio en que no daba la luna escalé la tapia y entré en el cementerio. ¡Caracoles! no puedo negar que los pelos se me pusieron de punta; al pie de la borda, como para darme

el quién vive, estaba un muerto metido en su caja, esperando sin duda que al amanecer le dieran tierra. A pocos pasos se veía el hoyo; miré alrededor: todo el cementerio estaba con la luna claro como el día; la puerta era una reja y por ella podían descubrirme si no jugaba el todo por el todo; no vacilé más; cargué con el muerto que pesaba como un monte, le eché en la zanja y me tendí en el ataúd con más miedo que vergüenza. Dos de los tunantes que me seguían metieron la mano por la reja y descorrieron el cerrojo que chirrió como un condenado; entraron en el santo corralón, lo pasearon sin chistar, miraron con respeto la caja y lo que contenía, apartáronse de la zanja para no caer en ella, y se retiraron en silencio para no despertar á los difuntos. Cuando estuvieron lejos, como cerraran con el cerrojo la reja y yo no quisiera hacer ruido, salté de nuevo el bardal, sin que el muerto me dijese: «vuélveme á mi casa,» monté en mi caballo y me dirigí adonde iba, riéndome de la sorpresa que deberían tener los enterradores al ver que el muerto les había ahorrado parte del trabajo.

—Corro, ¿no sabes tú la pena que me das hablando así!

—¿Me quisieras más bien como la tía María, que prepara el examen de conciencia desollando á todo Dios? No, Fina. Dios detesta la hipocresía, y como yo no soy filisteo...

—Fariseo, querrás decir.

—Eso es, fariseo como muchos que están en las iglesias *mea culpa, mea culpa*, y luego al prójimo contra una esquina, pienso lo que pienso y creo lo que creo: que si un santo dijo, ver y creer, bien puedo decirlo yo.

—Corro, la Virgen y Dios sólo se aparecen á los pastores y á los santos penitentes; á los primeros, por su sencillez de corazón, y á los segundos...

—Porque tienen el estómago falto de lastre.

—Me matas con tus bromas impías.

—Pues se acabó la discusión, que no quiero matar á nadie y menos á mi mujer. Mi gusto fuera poder decir con toda mi alma: «Creo en Dios Padre, todopoderoso,» que yo te juro, por esa luz que nos alumbra, que si lo decía no sería de boca, sino por creerlo y sentirlo tan de firme como aquellos cristianos á quienes ni el hierro ni el fuego, ni los tigres y leones les hacían vacilar.

—¡Ellos dichosos que creían sin ver! ¡Desdichados aquellos á quienes ciega Satán para hacerlos suyos!

—¡Caracoles, que ni un padre misionero! Mira, Finita, dejaremos esto para otro día, y me darás, si quieres, la capa basta.

—¿Vas á salir?

—Me rogaron ayer que dirigiese cierto asuntillo, y como tomé algo á cuenta, no puedo excusarme. Conque no me esperes levantada ni estés con cuidado, que todo irá bien.

—Dios lo quiera: Él te guíe y te toque en el alma.

—Amén, dijo el tío Corro poniéndose su capa.

Luego abrió su puerta, que cerró tras sí, y del mismo modo la del corral, que distó mucho de hacer ruido como el cerrojo del cementerio.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Continuará).

La abuela

(DE VÍCTOR HUGO)

«¡Oh, madre de nuestra madre!
¿Estás durmiendo?... ¡Despierta!

Otras veces en tus sueños
murmuras y balbuceas,
y parece que aun dormida
hablas con alguien y rezas;
mas hoy estás tan inmóvil
como una virgen de piedra,
y á tus labios silenciosos
ni el aliento vida presta.
¿Por qué más sobre tu pecho
hoy inclinas la cabeza?
Dínos, ¿qué daño te hicimos
para que ya no nos quieras?
Mira: la pálida lámpara
se extingue; el hogar humea;
y si no quieres hablarnos
como solías, abuela,
lámpara, hogar y nosotros
moriremos de tristeza.»

«¿Qué dirás, cuando despiertes
de ese letargo, y nos veas
á nosotros dos ya muertos,
muerto el fuego, la luz muerta?
También entonces tus hijos
sordos serán á tus quejas;
para que resucitemos
al cielo harás mil promesas,
y bien habrás de abrazarnos
para darnos vida nueva.»

«Tiéndenos tus manos frías
que nuestras manos calientan,
y de antiguos trovadores
cántanos coplas añejas.
Háblanos de los guerreros
que servían fadas bellas,
y á sus damas les llevaban
en vez de flores, banderas;
dínos el nombre amoroso
que era su grito de guerra;
dínos cómo se conjuran
los fantasmas. ¡Ay, abuela!
cuéntanos aquella historia
de un monje que vió en su celda
á Lucifer por los aires
volar con alas siniestras;
dínos á quién el demonio
teme más en su caverna;
á los mandobles de Orlando
ó á los salmos de la Iglesia.
Vén; enséñanos tu Biblia
con sus láminas tan bellas,
los santos de azul y de oro,
y el cielo con tanta estrella,
y el Niño, el buey y los Magos...
y esas latinas sentencias
que á Dios hablan de nosotros
descifranos letra á letra.»

«La luz oscila y se apaga,
descienden las sombras densas;
quizás ya por la ventana
malos espíritus entran...
Tú, que el miedo nos quitabas,
hoy nuestro pavor aumentas.
¡Cielos! ¡tu mano está fría!
A veces, con ansia tierna,
nos hablabas de otro mundo
do cada paso nos lleva,
de la gloria, del sepulcro,
de la vida pasajera,
y de la muerte... ¡la muerte!
¿Qué es la muerte? ¿No contestas?»

Y oyéronse largo rato
sus sollozos. Y risueña
rayó al fin la blanca aurora,
y no despertó á la abuela.
Dió al aire lúgubres sonos
la campana de la aldea,

y un pastor vió aquella noche,
por la mal cerrada puerta,
delante del santo libro,
junto á la cama desierta,
dos niños arrodillados
que rezaban con voz trémula (1).

Traducción de
TEODORO LLORENTE.

El sitio de Berlín

PASEÁBAMOS un día con el doctor V. por la avenida de los Campos Elíseos, y del espectáculo de tantos muros agujereados por las granadas y de tantas aceras destrozadas y hundidas por la metralla deducíamos la historia del sitio de París. Poco antes de llegar á la plaza de la Estrella detúvose el doctor, y señalando una de las grandes casas de la esquina agrupadas con ostentación alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

«¿Ve usted aquellas cuatro ventanas cerradas? Pues en los primeros días del mes de Agosto, de aquel terrible Agosto del año pasado, preñado de tempestades y de desastres, fuí llamado allí para asistir á un enfermo atacado de una apoplejía fulminante.

»Era la familia del coronel Jouve, coracero del primer Imperio, anciano loco por la gloria y el patriotismo, que desde principios de la guerra se había trasladado á la avenida de los Campos Elíseos, á una habitación con balcones á la calle... ¿A qué no acertáis el motivo?... Para poder presenciar la entrada triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre hombre! La noticia de Wisembourg le sorprendió al levantarse de la mesa, y al leer el nombre de Napoleón al pie del boletín de la derrota, cayó al suelo como herido por un rayo.

»Al llegar á la casa hallé al antiguo coracero echado sobre la alfombra de la habitación, con la cara ensangrentada é inerte, como si hubiese recibido un horrible batacazo en la cabeza. Puesto de pie debía de ser muy alto, porque tendido en el suelo su figura era imponente y majestuosa. Tenía hermosas facciones, soberbios dientes y la cabeza cubierta de canas completamente rizadas. A pesar de sus ochenta años no aparentaba más allá de sesenta... Junto á él, de rodillas y llorando amargamente, hallábase su nieta. Se le parecía tanto, que al verla al lado del abuelo creía contemplar dos bellísimas medallas acu-

(1) Víctor Hugo, el más famoso poeta francés de este siglo, nació en Besançon el 26 Febrero de 1802. Hijo de un general del primer Imperio, le siguió, de niño, en sus expediciones por Francia y el extranjero, denotando ya sus diversas composiciones su rara disposición por la poesía. Pero su presentación al gran público data de 1822, en que editó sus *odas*, á las que siguieron las *baladas*, las *orientales* y *multitud de trabajos distintos*, hasta que en 1830 hizo representar su drama *Hernani*, cuyo refiido y ruidoso triunfo fué el del romanticismo en Francia. Reconocido jefe de esta escuela literaria y rodeado de gloria, siguió escribiendo celebrados dramas, novelas, siendo la más famosa *Nuestra Señora de París*, y otros trabajos que le valieron ser admitido en la Academia Francesa en 1841. Después su imaginación le llevó á la política, y gobernado por aquella fué realista, imperialista, liberal, monárquico, republicano, reaccionario, candidato á la presidencia de la República, demagogo, y proscrito por el golpe de Estado de 1851. Entonces en Jersey y en Guernessey escribió muchas de sus obras más celebradas: *Los castigos* (poesías político-literarias), *La leyenda de los siglos*, *Los Miserables* (novela social). Caído el Imperio volvió á París, siendo nombrado individuo de la Asamblea de la paz, donde promovió un espantoso tumulto con su discurso en defensa de Garibaldi, y hubo de dimitir. En 1872 publicó su *Año terrible*, y se afilió al partido radical de la República, mostrando simpatías por la *Commune*, y siendo nombrado senador. *El arte de ser abuelo* y *Torquemada* son sus obras de vejez. Su octogésimo aniversario y después su muerte en 22 de Mayo de 1885 dieron lugar á imponentes manifestaciones en París. Fué enterrado civilmente en el Panteón.

ñadas con un mismo molde, con la sola diferencia de que una era muy vieja, llena de tierra y algo borrosa en sus contornos, y la otra reluciente, limpia y suave, con todo el brillo de una acuñación reciente.

»El dolor de la niña me conmovió. Era hija y nieta de militares, puesto que su padre formaba parte del Estado Mayor de Mac-Mahon, y la imagen de aquel anciano tendido en el suelo evocaba en su alma otra imagen no menos horrible.

»Procuré, por mi parte, tranquilizarla cuanto pude; pero en el fondo no abrigaba casi ninguna esperanza. Tratábase de una tremenda hemiplejía, y á los ochenta años no es fácil salir de ella bien librado. En efecto, por espacio de tres días continuó el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y de estupor... Entretanto llegó á París la noticia de Reischoffen. Ya recordará usted la extraña manera como esto tuvo lugar; hasta al anochecer todo el mundo creía que habíamos alcanzado una gran victoria, veinte mil prusianos muertos, el príncipe real prisionero, etc., etc... Nunca he podido explicarme cómo parte de aquella corriente magnética, tal vez un eco de aquella alegría nacional, llegó hasta el pobre sordo-mudo, en el limbo de su parálisis. El caso es que aquella tarde, al acercarme á su cama, no me pareció el mismo hombre. Presentábanse sus ojos casi del todo claros, la lengua era menos pesada; hasta tuvo fuerzas para sonreír al verme, y dos veces tartamudeó:

»—¡Vic...to...ria!

»—¡Sí, coronel, victoria inmensa!

»Y á medida que le daba pormenores del grandioso éxito alcanzado por Mac-Mahon, veía cómo sus facciones se suavizaban, perdiendo la sequedad y tirantez de antes, y cómo su rostro se animaba de nuevo.

»Al salir de la habitación hallé á la jovencita que, pálida, de pie delante de la puerta, me aguardaba sollozando.

»—¡Pero si se ha salvado! la dije tomándole las manos.

»La desgraciada niña casi no tuvo valor para contarme. Acababan de anunciar el verdadero Reischoffen. Mac-Mahon en retirada, el ejército destrozado por completo... Por un momento nos miramos consternados. La niña se desesperaba pensando en su padre, y yo temblaba por aquel anciano. A buen seguro que no resistiría la nueva sacudida... Y con todo, ¿qué partido tomar?... ¿Dejarle la alegría, las ilusiones que casi le habían devuelto la vida?... En este caso era preciso mentir...

»—Pues bien, mentiré, me dijo la heroica niña enjugándose con viveza las lágrimas.

»Y radiante de alegría, entró en el aposento de su abuelo.

»Ardua tarea era la que se había impuesto. Durante los primeros días no nos salió mal el embuste. El pobre hombre estaba débil y se dejaba engañar como un niño, pero al recobrar la salud las ideas se le presentaron más claras. Hacíase indispensable ponerle al corriente del movimiento de las tropas, por medio de un resumen de los boletines militares. Daba verdadera lástima contemplar aquella bellísima criatura inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando pequeñas banderas y esforzándose en combinar toda una campaña gloriosa. Bazaíne dirigiéndose á Berlín, Froissart en Baviera, Mac-Mahon en el Báltico. Para todas estas cosas me pedía consejo, y por mi parte la ayudaba en cuanto podía; pero la verdad es que el abuelo era quien nos guiaba en estas invasiones imaginarias. Había conquistado tantas veces la Alemania, durante el primer Imperio, que anunciaba todos los movimientos por anticipado. «Ved ahí dónde se dirigirán



PENA DE AZOTES «BORIA AVALL»

CUADRO DE F. GALOFRE OLLER

ahora... He ahí lo que van á hacer...» Y naturalmente, sus pronósticos se cumplían al pie de la letra, lo que bastaba en gran parte para ponerle orgulloso y satisfecho. Desgraciadamente, por más cuidados que tomáramos y por más batallas que ganásemos, nunca lo verificáramos con bastante rapidez, porque aquel viejo era insaciable... Cada día al entrar en su casa recibía la noticia de un nuevo hecho de armas.

«—Doctor, hemos tomado Maguncia, me decía la joven recibéndome con una sonrisa desgarradora.

»Y al mismo tiempo oía al través de la puerta una voz alegre que gritaba:

«—La cosa marcha... la cosa marcha... Dentro de ocho días entraremos en Berlín.

»Cuando decía esto los prusianos se hallaban ya á ocho días de París... Entonces nos preguntamos si sería mejor trasladarle á provincias; pero al salir á fuera, por el estado en que se encontraba el país, al instante se hubiera enterado de todo, y le hallaba yo muy débil y demasiado torpe aún á causa de la gran sacudida que había sufrido para dejarle conocer la verdad. Decidimos, pues, no salir de París.

»El primer día del bloqueo subí á aquella casa (lo recuerdo perfectamente) muy conmovido, con la angustia mortal que á todos nos causaba el cierre de puertas de París, la batalla en las murallas y nuestros arrabales convertidos en fronteras. Hallé al pobre viejo sentado en la cama, orgulloso y lleno de júbilo.

«—¿Qué tal? me dijo, ¡por fin ha comenzado el sitio!

»Le miré estupefacto.

«—¡Cómo, coronel! ¿sabe usted que?...

»Su nieta, entonces, vino hacia mí y me dijo:

«—¡Oh, sí, doctor!... ¿No sabe usted la gran noticia?...

El sitio de Berlín ha comenzado ya, dijo sacando un alfiler con aire reposado y tranquilo.

¿Cómo era posible que sospechara nada? No podía oír los cañonazos de los fuertes. No podía ver el revuelto y siniestro aspecto de la infortunada capital. Lo único que veía desde su cama era uno de los lados del Arco de Triunfo, y en su habitación, á su alrededor, una serie de objetos de baratillo de la época del primer Imperio que parecían á propósito para mantener sus ilusiones. Retratos de generales, grabados representando batallas, el rey niño de Roma; luego las grandes, esbeltas y macizas consolas adornadas con trofeos de cobre, llenas de reliquias del Imperio, medallas, bronce, un pedazo de roca de Santa Elena debajo de un globo de cristal, varias miniaturas representando todas ellas una dama de ojos claros y rizados cabellos, en traje amarillo de baile, con mangas ahuecadas.

»Y todos estos objetos, las consolas, el rey de Roma, los generales, las damas con trajes amarillos, de esbelto talle y de alta cintura, con el envaramiento distintivo de la elegancia en 1806... formaban una atmósfera de victorias y conquistas que contribuía mucho más que cuanto podíamos decirle, á hacerle creer con ingenuidad infantil en el sitio de la capital de Prusia.

»A partir de aquel día nuestras operaciones militares quedaron en extremo simplificadas. La toma de Berlín era sólo cuestión de tiempo; de vez en cuando si el pobre anciano se aburría mucho, leíasele una carta de su hijo; carta imaginaria, por supuesto, porque estábamos incomunicados, y desde el desastre de Sedán el ayudante de campo de Mac-Mahon fué conducido á un fuerte de Alemania. Ya puede usted figurarse la desesperada situación de aquella tierna niña, que careciendo por completo de noticias de su padre y sabiendo que se hallaba prisionero,

privado de todo y tal vez enfermo, se veía obligada á hacerle hablar en fingidas y alegres cartas, algo cortas, como las escribiría un soldado en campaña marchando victorioso en país conquistado. Algunas veces le faltaban fuerzas para ello y se pasaban semanas enteras sin noticias del ayudante. El anciano coronel se inquietaba, no dormía, y entonces llegaba á toda velocidad una carta de Alemania que la niña leía, con fingida alegría y reprimiendo el llanto, junto á la cama del enfermo. El coronel la escuchaba con religioso silencio, sonriendo con aire de inteligente. Y aprobando unas cosas y criticando otras, nos explicaba los pasajes oscuros. Pero lo verdaderamente notable eran las supuestas contestaciones que dirigía á su hijo:

«No te olvides nunca de que eres francés, le decía... Sé generoso con los infelices. No contribuyas á que la invasión sea para ellos una carga insoportable...» Y aquí venían un interminable número de advertencias, de deliciosos sermoncitos sobre el respeto que merecen las propiedades, la galantería que debe usarse para con las señoras; en fin, un verdadero código de honor militar para uso de conquistadores. También á veces añadía algunas consideraciones generales sobre la política y las condiciones con las que debía estipularse la paz con los vencidos. Respecto á este punto menester es confesar que no era exigente:

«La indemnización de guerra, y nada más... ¿De qué nos serviría tomarles algunas provincias?... ¿Es posible, por ventura, ensanchar nuestra patria con territorios germanos? ¿Serían nunca franceses?...»

»Dictaba estas frases con voz segura y tan claramente se echaba de ver la ingenuidad de sus palabras llenas de amor patrio, que era imposible escucharle sin conmoverse.

»Mientras tanto el sitio adelantaba sin cesar, pero ¡ay! no era el de Berlín, por desgracia... Habíamos llegado al bombardeo, al horroroso frío, á la peste y al hambre; pero gracias á nuestros cuidados, á nuestros esfuerzos y á la infatigable ternura que se prodigaba en torno de aquel anciano, ni un solo instante fué turbada su serenidad. Hasta los últimos días pude proporcionarle pan blanco, carne fresca, que tal vez sólo para él se hubieran hallado. Nada, en verdad, puede concebir usted más conmovedor que los almuerzos de este abuelo tan inocentemente egoísta; el buen anciano, metido entre sábanas, alegre y risueño, con la servilleta debajo de la barba; junto á él su nieta, algo pálida á causa de los ayunos, dirigía las manos del abuelito, dábale de beber, ayudándole á comer todos aquellos alimentos que para los demás eran fruta vedada. Animado entonces por la comida y satisfecho, en su bien calentado gabinete, contemplando al través del balcón el helado cierzo de invierno y la nieve que se arremolinaba en las ventanas, acordábase el antiguo coracero de las campañas del Norte, y por centésima vez nos refería la desastrosa retirada de Rusia, donde no podía comerse otra cosa que galleta helada y carne de caballo.

«—¿Entiendes tú, chiquilla? ¡comíamos carne de caballo!

»Ya lo creo que lo entendía; hacía dos meses que no se alimentaba de otra cosa... Sin embargo, á medida que entraba en la convalecencia nuestros trabajos con el enfermo eran cada día más dificultosos. Aquel entorpecimiento de todos los sentidos y de todos los miembros que tanto nos había favorecido hasta entonces empezó á disiparse. Ya dos ó tres veces las terribles descargas de la puerta Maillot le habían hecho dar un salto en la cama, y

el hombre estaba siempre en acecho como perro cazador. Nos vimos, pues, obligados á inventar la victoria final de Bazaine en Berlín y las salvas hechas en los Inválidos para celebrar tan fausto suceso. Otro día en que trasladamos la cama muy cerca de la ventana (creo que era el jueves de Buzenval) pudo ver perfectamente á algunos guardias nacionales que se reunían en la Avenida de la Grande-Armée.

»—¿Qué son estos soldados? preguntó el buen hombre.

»Y advertimos que refunfuñaba:

»—Mal porte tienen, mal porte.

»Es verdad que no añadió ni una palabra; pero esto bastó para que comprendiéramos que desde aquel instante era indispensable tomar grandes precauciones. Desgraciadamente no se tomaban bastantes.

»Una tarde, al llegar yo allí, acercóseme la niña muy perturbada y me dijo:

»—Mañana entran.

»¿Estaba abierta la habitación del abuelito? No sé; el caso es que después, recordando todos los detalles, me vino á la memoria que aquella noche la fisonomía del anciano presentaba un aspecto extraordinario. Es muy probable que nos oyera. Pero nosotros hablábamos de los prusianos y el infeliz no pensaba más que con los franceses, cuya entrada triunfal aguardaba impaciente desde muchísimo tiempo. Mac-Mahon bajando entre flores y música por la avenida, su hijo al lado del general y él, ¡pobre anciano! en el balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando las agujereadas banderas y las águilas ennegrecidas por la pólvora...

»¡Infeliz coronel! Se imaginó que tratábamos de evitar que presenciara el desfile de nuestros soldados al objeto de que no sufriera una emoción demasiado fuerte; por esto, sin decir una palabra á nadie, á la mañana siguiente y á la hora precisa en que los batallones prusianos penetraban con cierto temor en la larga vía que conduce desde la puerta Maillot á las Tullerías, la ventana de aquella casa se abrió poco á poco y apareció el coronel con su casco, su gran levita, en una palabra, con toda la antigua y gloriosa herencia de coracero y veterano de Milhaud.

»Todavía no acierto á comprender el esfuerzo de voluntad y el repentino impulso de vida que llegaron á ponerle de pie y de gran uniforme. Lo cierto es que él estaba allí detrás de la baranda, admirándose de ver las anchas avenidas tan silenciosas, las persianas de las casas cerradas, y París lúgubre como un gran lazareto. En todas partes banderas, sí, pero, ¡cosa más rara! todas ellas blancas con cruces encarnadas, y ni un solo curioso para recibir á nuestros soldados.

»Por un instante creyó que se engañaba... pero pronto allá á lo lejos, detrás del Arco de Triunfo, oyó un confuso rumor, y á la luz del naciente día vió una línea negra que iba avanzando... y luego poco á poco pudo distinguir las brillantes puntas de los cascos, los pequeños tambores de Jena empezaron á batir, y por debajo del Arco de la Estrella, acompañada del pesado movimiento de las secciones y del chocar de los sables, rompió la marcha triunfal de Schúbert...

»Entonces, en medio del aterrador silencio de la plaza, se oyó un grito, grito terrible de: «¡A las armas!... ¡á las armas!... ¡los prusianos!» Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron contemplar allí arriba, en aquel balcón, al gran anciano tambalearse, mover los brazos y caer desplomado al suelo. El coronel Jouve dejó de existir para siempre.»

ALFONSO DAUDET.

NUESTROS GRABADOS

Tipo veneciano

CUADRO DE J. LIECK

En alguno de los canales de Venecia descubriría el artista alemán J. Lieck la gallarda mujer del pueblo que su pincel trasladó al lienzo y que publicamos en este número. El tipo femenino en el Véneto tiene no pocos puntos de semejanza con el de la mujer en algunas comarcas de España. El cabello y los ojos negros como la endrina, son sus rasgos distintivos, y acaso su mayor belleza. Para que la semejanza en su aire general se aproxime más á las mujeres de la parte oriental de España, usan también las venecianas el pañolón y el pañuelo, cubriendo con el primero casi todo el cuerpo, algo al modo de nuestras malagueñas y gaditanas, y colocándose el segundo á la cabeza ó echado al cuello cuando el calor les molesta. El atezado rostro de las venecianas allá se va también con el color de las andaluzas. Por tal podría tomarse la que vió Lieck y de la que sacó el busto vigoroso y expresivo objeto de estas líneas.

Pena de azotes «Boria avall»

CUADRO DE F. GALOFRE OLLER

De la pena de azotes decían nuestros juriconsultos que, á fuer de infamante, debía considerarse muy grave, y que por esta razón no solía imponerse sino en castigo de delitos torpes y degradantes.

En lo cual se atemperaron á la doctrina jurídica proclamada más tarde por Filangieri, cuando dijo que las penas infamantes sólo debían imponerse en castigo de delitos infamantes también por su naturaleza. Y esto así, porque la ley no establece la infamia, sino que la proclama y sanciona, ratificando el fallo de la opinión pública y haciéndolo á todos notorio.

A esos tales imponían nuestras antiguas leyes una manta de azotes, que se administraba paseando al reo montado en un asno por las calles acostumbradas en la respectiva localidad y dándole el verdugo en cada esquina con la penca en las espaldas desnudas.

A veces el instrumento del suplicio era una vara, una correa, ó una disciplina, siempre partiendo del principio de que el reo no debía morir de resultas de la aplicación de esta pena, impuesta con suma frecuencia á los condenados á galeras ó á otros castigos análogos, que recordaban el del laboreo de las minas del Estado, tan á menudo citado en las leyes romanas.

Estaban exentos de la pena de azotes los individuos del brazo militar, como llamaban nuestros antepasados á los nobles; privilegio de que disfrutaron también en Roma los veteranos y los decuriones.

No gozaban de esta exención las mujeres, no obstante la debilidad de su sexo y lo inmoral que resultaba el espectáculo de su flagelación.

Todo esto podía corroborarse con muchos documentos fidedignos. Por no caer en prolijidad nos contentaremos con citar dos ejemplos tomados de los *Dietarios* del Municipio de esta ciudad, correspondientes al siglo XVII, y que elegimos con preferencia á los de otras épocas por ser aquella á la cual se refiere la escena pintada por el señor Galofre.

Las noticias á que nos referimos, traducidas literalmente del catalán, dicen de este modo:

«1604. *Sábado, 14 de Agosto.*—En este día fué ejecutada la sentencia de muerte en las personas de tres salteadores de caminos que robaban en las costas de Garraf. Fueron azotados, desorejados y ahorcados.

«1605. *Jueves, 17 de Marzo.*—En este día fué ejecutada sentencia de muerte en la persona de Andrés Lagessa, alias Antoni Negre, del reino de Francia, por forajido y homicida, y fué azotado, desorejado y ahorcado.

En 17 de Febrero de 1609, apuntábase en el *Dietario* la sentencia ejecutada en las personas de varios delincuentes, leyéndose en la misma nota:

«Los demás fueron condenados á azotes, habiendo entre ellos una mujer inculpada de brujería.»

Antiguamente la cárcel estaba situada en la costanilla ó bajada que aun hoy lleva su nombre, y la triste comitiva descendía en tales casos hacia la plaza del Ángel, cruzándola en derechura á la calle de la Boria. De ahí vino la frase *passar Boria avall*, que en sentido recto significa ejecutar la pena de azotes, y en lenguaje figurado sacar á la vergüenza á uno metiéndole en un lance en el cual, por cortedad ó por otro motivo, tiene que sonrojarse.

Tal es el asunto del cuadro del artista Galofre Oller, en el cual tanto se ha ocupado la prensa barcelonesa, y del cual puede decirse que Barcelona entera ha querido contemplarlo, yendo como en peregrinación al Salón Parés, donde se hallaba expuesto. Hubo momentos en los cuales llegó á interrumpirse la circulación en la calle de Petritxol, á causa del gran número de personas que esperaban á la puerta, pues hubo necesidad de hacerlas entrar por tandas.

Galofre Oller ha sabido sacar gran partido del asunto, presentándolo de una manera pintoresca, que fué su principal objetivo, sin que pretendiese dar á su obra mayor alcance y sin convertirla, por lo tanto, en una condenación de la pena de azotes. Comprendió que el tema interesaría al público, como así sucedió, y lo adoptó para su cuadro desarrollándolo con superior habilidad, sobre todo en los efectos de perspectiva. Hábilmente colocado en el Salón Parés producía el efecto de la realidad, y esto contribuyó al éxito popular que obtuvo. De los notables méritos pictóricos que en él resplandecen da idea la reproducción que publicamos en este número.

La linterna mágica

CUATRO PALABRAS AL PÚBLICO

Señores:

El origen de la linterna mágica se pierde en la oscuridad de los tiempos. Hay quién asegura que su luz, anterior á la del sol, perteneció á un mundo por todos desconocido.

Hoy hago uso de este aparato de proyección para hacer desfilar ante ustedes los personajes de una escena sucedida hace pocos días.

Atención, señores; empieza el relato.

Estamos en Madrid.

En la primera vista, señores, pueden observar el ver-



dadero retrato de dos pretendientes á la mano de una señorita joven, hermosa y heredera de una inmensa fortuna. Entrambos no se conocen personalmente, á pesar de abrigar idénticas aspiraciones.

El de la izquierda es el doctor Gómez, el preferido de la bella madrileña. El otro es un arrogante y apuesto militar.



En la segunda pueden admirar la fiel efigie de Tifita, la rica doncella. Su corazón pertenece al doctor Gómez, al cual ha jurado ser su esposa ante Dios y los hombres.



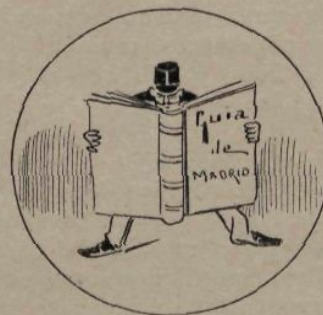
Pasemos á otra vista.

En lugar de su prometido Gómez, una mañana entra

como una bomba el otro pretendiente, Roldán Percol, que sin preámbulos se arrodilla, dispara una ardiente declaración de amor, ignorando que la bella Tifita había colocado ya su corazón.

Conmovida y con sorpresa, empieza por levantarle de aquella posición. Con buenas palabras logra calmarle, y poco á poco le hace tragar la píldora de que su amor pertenece por entero al doctor Gómez, con el cual será en breve indisolublemente unida.

Roldán se retira, con el solo pensamiento de conocer á su rival, y á toda costa quiere encontrarle aquel mismo día.



Estamos en la cuarta vista.

Roldán ha encontrado una sencilla estratagema para conocer á su rival, y fácilmente logrará satisfacer su curiosidad, puesto que la *Guía de Madrid* le da la dirección del doctor Gómez, con el cual tendrá una consulta médica fingiéndose enfermo.



En la quinta vista, señores, pueden ver al fogoso Roldán metido en un rápido *simón* que le conduce á casa del doctor.

¡Cuántas cosas proyecta su mente!

Lo cierto es que quiere convencerse por sí de la superioridad en belleza y juventud de su rival, puesto que ha sido preferido por Tifita.



Atención á la sexta.

Llega á la habitación del doctor Gómez con el firme

propósito de conversar con él, pretextando una consulta; llama á la puerta, y una criada sale á preguntar, quién, cómo y qué desea.

Habiendo dicho que deseaba una consulta médica le hacen esperar en el despacho, en tanto que la criada entra por las habitaciones de la casa á dar aviso á su amo.

En este interregno, Roldán observa los diferentes obje-



tos que le rodean. Cuadros artísticos de renombrados autores adornan las paredes: todo respira buen gusto, tanto en los muebles como en su colocación.

Lo que le deja estupefacto es un gran retrato al óleo, pintado de mano maestra, de la hermosa Tifita. Frente á dicho prodigio de arte queda embelesado, hasta que los pasos del doctor le avisan para seguir el papel de enfermo.



Y vamos con la octava vista.

Entra el doctor, un señor sesentón, con grave continente. Saluda á Roldán, y después de cortesés preliminares le pregunta por su enfermedad. Y después de mirarle la lengua hace su diagnóstico y le receta un ligero purgante.

Roldán paga la consulta, se despide y enfila la puerta, sonriendo y contento del resultado.



En la novena vemos á nuestro Roldán que, no encontrando *Simón* ni *Manuela*, corre presuroso á casa de Tifita á suplicarle una explicación del extraño fenómeno de amar á un viejo sesentón que puede ser padre de ambos.

La bella Tifita le recibe con amable sonrisa; Roldán se ríe del mal gusto y la dirige alguna que otra sátira.

Tifita se indigna y asegura que Roldán padece una lamentable equivocación, y para disuadir al obstinado,



toma de una pequeña mesa un *álbum* de retratos, y abriéndole, presenta una página en donde están, en un lado, el retrato del doctor Gómez (padre) y en el otro el del doctor Gómez (hijo).

—¿Lo reconoce usted? dice indicando al padre.

—Perfectamente.

—Pues bien, ese es el retrato de mi futuro suegro!!...

Roldán se queda como la mujer de Lot.



La boda se ha verificado.



Señores; la última vista.

Al siguiente día del himeneo del doctor Gómez con la bella Tifita se encontró un cadáver en la fuente de la Teja.

Desde luego se comprendió que se trataba de un suicidio, pues sobre el finado había este lacónico y expresivo escrito: *Muerto por Tifita*.

Señores; la explicación ha terminado. Apago la linterna.

Buenas noches.

MELITÓN GONZÁLEZ.

Mesa revuelta

La cerveza es una bebida preparada con cebada germinada; luego tostada y groseramente molida, de la cual se extrae el principio azucarado braceándola ó trabajándola en el agua hirviendo. Concéntrase por medio de la ebullición este primer producto, al cual se le añade lúpulo, y en seguida se deja fermentar. En ciertos países, y señaladamente en la América del Norte, se mezclan con estos ingredientes botones ó yemas de pinabete. La cerveza es más ó menos alcohólica y más ó menos tónica. Cuando no ha fermentado bastante, produce á veces cólicos con entumecimiento ó pesadez de vientre, disentería, iscuria y flujos uretrales que se parecen mucho á la blenorragia. Estos accidentes se precaven generalmente en gran parte tomando un poco de aguardiente después de haber bebido la cerveza.

La cerveza medianamente fuerte y bien fermentada es una bebida esencialmente higiénica, que conviene sobre todo á las personas nerviosas, á los que están expuestos á dolencias inflamatorias, á los que no pueden hacer mucho ejercicio, y á aquellos en quienes la acción del vino no es contrabalanceada por los esfuerzos musculares; á las mujeres que crían y suelen tener mucha sed, y á las embarazadas, á las cuales cura muchas veces los hastíos que sufren; y por último, á los niños, en quienes obra como bebida tónica y á la vez poco excitante. Acúsase á la cerveza de producir pesadez y obtusión, así del cuerpo como del espíritu, en los pueblos que la beben habitualmente. Con todo, estos defectos no son ciertamente comunes en todos los pueblos del Norte; y así es que en las provincias de Alemania donde se usa el vino, no se nota más ligereza de espíritu que en aquellas donde se bebe sólo cerveza.

La sidra y la perada ó sidra de peras son bebidas cuyo principal mérito consiste en poder ser preparadas en un país donde la uva no llega á madurar, donde abundan poco los cereales y donde el agua potable es mala. La sidra bien hecha no causa daño alguno; pero suele ocasionar diarrea en las personas que no están acostumbradas á beberla.

La hidromiel es hoy día poco usada en Europa. Es probable que sus propiedades difieran muy poco de las del vino de miel, cuyo uso es muy higiénico, según refieren los autores.

Las principales bebidas alcohólicas obtenidas por destilación son el aguardiente, que se extrae del vino, del orujo, de la sidra y de varios cereales; el ron sacado del zumo fermentado de la caña de azúcar; el Kirsch-wasser, de la pequeña guinda; el ginebra, de la cebada fermentada con bayas de enebro, etc. Todos los licores bien fuertes, bien dulcorados con azúcar, producen los mismos efectos, generalmente más nocivos que provechosos. El embrutecimiento físico y moral, la demencia y una muerte prematura, suelen ser los efectos de toda bebida fermentada; y las bebidas destiladas producen estos efectos tristísimos con mucha más prontitud é intensidad. Naciones enteras, razas enteras [de hombres, han desaparecido víctimas del aguardiente. Aunque la afición á las bebidas fermentadas es común á todos los pueblos, no hay duda en que el clima favorece ó contraría, según los casos, el desarrollo de esta afición.

La inferioridad de la inteligencia parece ser también una condición del exceso en la pasión por los licores

fuertes, tan característica en ciertas razas; y este furor no puede en parte alguna ser más extremado que entre los negros de la costa de África. La raza roja del continente americano y las tribus de la Oceanía han manifestado siempre igual pasión, siendo cosa averiguada que estas últimas tribus conocían la preparación de ciertas bebidas fermentadas antes de que penetrasen en su territorio los europeos. Por otro lado, las razas bárbaras pero inteligentes del Norte, oponían el uso de las bebidas alcohólicas al riguroso clima de su país, al paso que el legislador de Oriente encontraba en las costumbres de su pueblo un fondo de sobriedad que le puso en el caso de poder vedar á sus discípulos y á sus guerreros el uso de bebidas que embriagan. Y es que en efecto el marino, que en nuestros mares y hasta en los puertos de Holanda ó de Normandía, no podía pasar sin una buena ración de aguardiente, sucumbe en poco tiempo si conserva la misma costumbre en el clima de las Antillas ó de Batavia.

El soldado francés, por ejemplo, si está en campaña en el Rhin ó aunque no sea más que en el centro de su país, necesita vino ó aguardiente para sostener sus fuerzas; y en la Argelia, el alcohol debe ser ya sustituido por el café, ó á lo menos guardarse, para que unido con los amargos, sirva á fin de combatir el miasma de las lagunas. El soldado ruso herido consumía en los hospitales de Francia una cantidad de alcohol que habría sido más que suficiente para dos soldados franceses robustos y en plena salud. El soldado español es el más sobrio; aunque aficionado al vino, no lo es tanto al aguardiente, y sabe pasarse con facilidad sin este peligroso difusivo. Por último, la constitución individual y ciertas profesiones hacen también que la economía sea más ó menos refractaria á las influencias del alcohol.

De cincuenta años acá el uso del aguardiente se ha extendido de una manera deplorable en España, y más aun en Francia y otros países de Europa. Este uso era ya común en los pueblos donde no se cultiva la vid, y cuyo clima, generalmente húmedo, hace á sus habitantes menos impresionables á los efectos del aguardiente; pero el tal uso, ó mejor dicho, el tal abuso se ha generalizado tristemente en los grandes centros de población y sus cercanías.

No nos atrevemos á establecerlo rotundamente; pero quizás (como piensan algunos higienistas filósofos), sería llegado ya el caso de oponer leyes suntuarias á esa propaganda de un vicio que tan lastimosos efectos causa en Inglaterra y Francia, y si (según dicen), los ingleses miden su efecto y la generosidad de su política con la Irlanda por la disminución de los derechos de puertos sobre el aguardiente, ¿no sería digno de los gobiernos continentales seguir el opuesto rumbo, ensayar una saludable reforma, y ver de regular, desde el punto de vista de la higiene pública, la venta de los espirituosos, por el estilo que se reglamenta la venta de los venenos? Sí; porque veneno es el alcohol considerado como bebida; y aun es más que veneno, es un fuego líquido.

* * *

La princesa Lubomirska se salvó, gracias á una serenidad asombrosa, de un peligro inminente. Paseábase un día en trineo á la sombra de un inmenso bosque; á la vuelta de un estrecho camino encontróse de pronto en presencia y á pocos pasos de distancia de un oso que, acosado por el hambre, se presentaba muy temible. Al acercarse el monstruo, el caballo se espanta, se encabrita, comienza á dar saltos y vuelca el trineo. El oso se ade-

lanta; el hieduque de la princesa, esforzándose para salvarla, se interpone entre ella y el terrible enemigo; le ataca, pero su sable se rompe. Entonces comienza una desigual lucha; el oso abraza al polaco con sus grandes patas. De pronto, y sin perturbarse, coge la princesa dos pistolas que habían caído del trineo, se adelanta detrás de la terrible fiera, dispara en las orejas los dos tiros, y la derriba muerta á sus pies.

* * *

Saliéndose el rey Chiquito de Granada y su madre con él con mucha morisma de estima, por entregar la ciudad al rey don Fernando, subidos en un recuesto y volviéndose hacia Granada, tomáronse todos á llorar. A lo cual dijo la madre del rey:—En verdad, señores, que hacéis bien en llorar, que ya que no peleasteis como hombres defendiendo vuestra patria, conviene que lloréis agora como mujeres al dejarla.

* * *

Hay personas que viven en pocilgas, que duermen mal, que visten de un modo miserable, y que están aún peor alimentadas; que además sufren el rigor de las estaciones; que se privan de la sociedad y que pasan los días en la soledad; que sufren por el presente, por el pasado y por el porvenir; cuya vida es una penitencia continua, y que han hallado de este modo el secreto que les conduce á su perdición por el camino más penoso: los que esto hacen son los avaros.

* * *

Un regidor que discutía con el albañil sobre la altura de la pila de una fuente para que bebiesen las caballerías, resolvió la cuestión diciendo:

—Adonde yo alcanzo llegan todos los burros.

* * *

Hay personas de las que no puede afirmarse que sean ociosas: son holgazanes muy ocupados.—SÉNECA.

Recreos instructivos

LA PINTURA

Los colores se preparan de varias maneras: al temple, al óleo, á la aguada y al pastel.

Se puede pintar fácilmente y con pocos colores que se hallan en todas partes, al temple, empleando el yeso, el azul ultramar, el bermellón, el amarillo, la tierra sombra y las cenizas verdes.

Pónense los colores en polvo y se mezclan con cola disuelta en agua caliente; se empieza á pintar por los tonos fuertes, se continúa por los medianos y se acaba por los toques claros.

El rojo y amarillo dan el anaranjado; el azul y el amarillo, el verde; el rojo y blanco dan el tono rosa; el azul, blanco y tierra sombra, el gris.

Para pintar un objeto se llenan los contornos con el tono medio; luego se dan los toques oscuros, después los reflejos, y últimamente los toques claros: en general los reflejos son calientes ó amarillentos si el objeto tiene entonación fría ó azulada, y viceversa, son fríos en el oscuro, si en los claros presentan entonación caliente.

Como los colores al temple se aclaran mucho de tono

al secarse, es preciso tomar un ladrillo y ensayar en él los tonos, que al secarse rápidamente por la absorción de la arcilla cocida, indican el tono justo.

Con esos colores, y siguiendo dado encima del enjal-



begado una mano de yeso con cola y un poco de azul para templar la crudeza del blanco.

Supongamos que se quieren pintar frutas: si son manzanas ó peras, se llena el contorno del tono medio, es decir, verde con blanco y amarillo, y luego se saca el oscuro con tierra sombra, se dan unos toquesitos de bermellón en la parte más amarillenta, y se sacan claros con blanco y amarillo en las partes brillantes. Si son racimos de uvas moscateles, se preparan con verde amarillento agrisado, y se dan toques de amarillo de oro en el oscuro, y toques de azul con blanco en el claro. Estos principios son aplicables á todas las frutas: y en todo caso nunca deben pintarse inventadas pudiendo copiarlas del natural.

Todo objeto que tenga relieve convexo forma tres zonas de claro-oscuro muy marcados: el claro, el gris y el oscuro con reflejo: el gris ocupa las tres cuartas partes del objeto, el oscuro la tercera parte y el claro la cuarta parte.

Debe empezarse por pintar objetos sencillos y poco á poco atacar las dificultades progresivamente.

JULIÁN.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 Ave.
- 4 8 7 7 6 7 8 Oficio lucrativo.
- 6 3 6 1 2 7 Verbo algo incómodo.
- 6 3 2 1 6 Late... y es insensible.
- 3 8 7 8 Un pájaro que atolondra.
- 7 6 8 Desgraciado.
- 3 8 Artículo de primera necesidad.
- 1 Letra con reticencia.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA CANO, JOVEU, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAIN, ORTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLER.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega

EL CONTINENTE MISTERIOSO

LAS FUENTES DEL NILO.—LOS GRANDES LAGOS DEL ÁFRICA ECUATORIAL.—DEL RIO LIVINGSTONE AL OCEANO ATLÁNTICO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

Adornada con láminas sueltas, grabados en el texto y varios mapas iluminados

ÚNICA TRADUCCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

La importante obra EL CONTINENTE MISTERIOSO se publica por entregas de cuatro páginas en folio y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 100 reales.

EN EL ÁFRICA TENEBROSA

HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN EMPRENDIDA EN BUSCA Y AUXILIO

DE

EMIN

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ECUATORIAL EGIPCIA

ÚNICA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA PUBLICADA CON ANUENCIA DEL AUTOR

MAGNÍFICOS REGALOS

Esta importante obra forma un abultado tomo y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 132 reales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacifico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires.—Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo.—Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África.—LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a—Coruña; don E. de Guarda.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.^a—Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA—BUENA MESA—PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis.—BARCELONA —